

CARAS Y CARETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: ARTURO GIMENEZ PASTOR

**AÑO III
Nº 107
Marzo 15 de 1896**

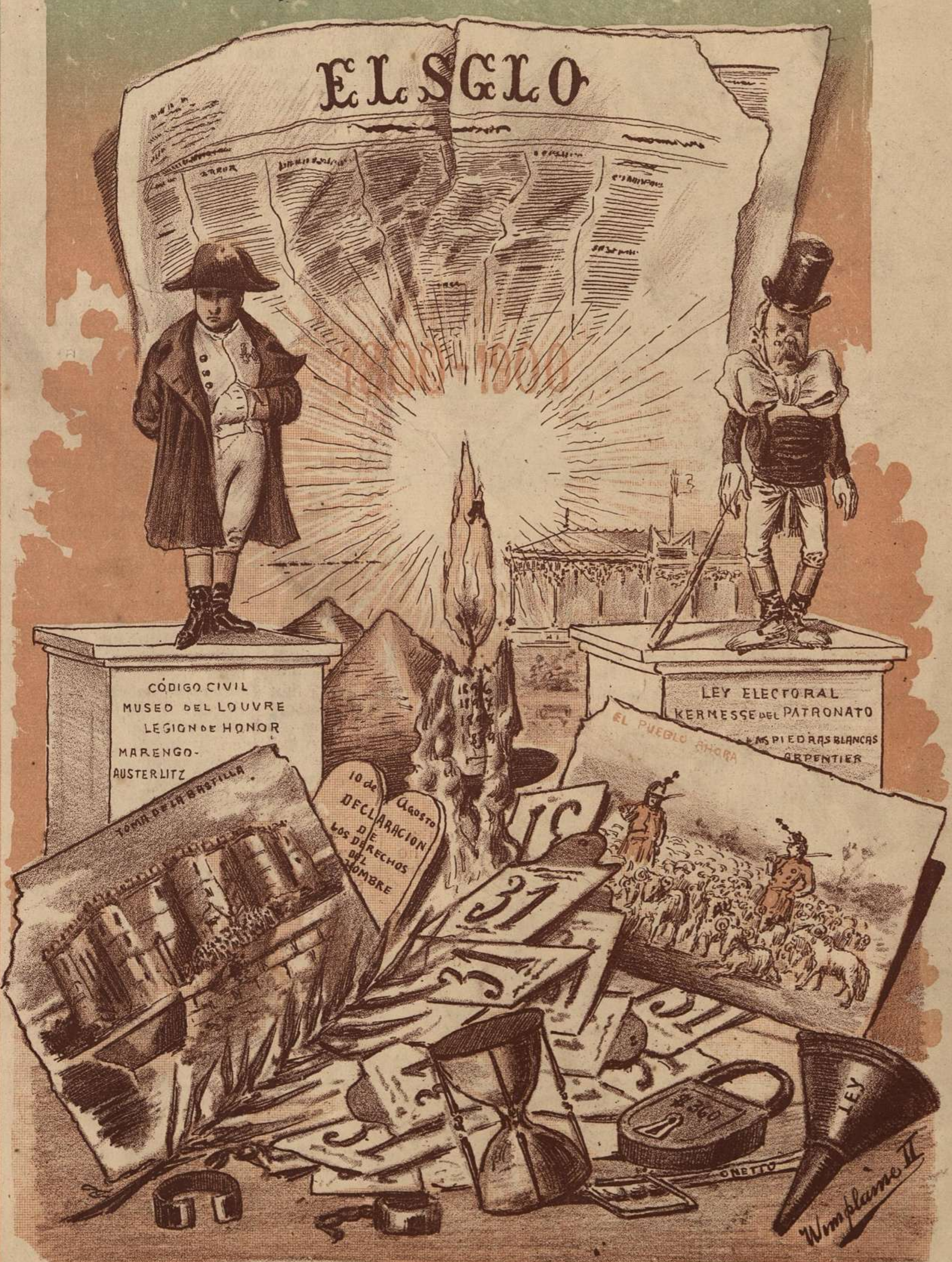
PRECIOS SUSCRICION
MONTEVIDEO DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva-
lente con el aumento del franqueo.
Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

La prensa en broma



Si así el principio y el fin
del siglo he de comparar
así se ve resultar
aquél grande y éste ruin.
Esto al más torpe magin
no escapa, á fuer de verdad;
que se vé en aquella edad
todo grande á un tiempo mismo:
grande y fuerte el despotismo
fuerte y grande libertad.

En tanto, el fin observado.
Bajo tan mezquino dueño,
todo es mezquino y pequeño:
despotismo y libertad.
Y en medio á tanta ruindad
viendo el siglo así morir,
con verdad cabe decir,
verdad que sola se espande:
al principio, todo grande;
todo pequeño al concluir!

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor—«Para Ellas: Luisa, por M. de Lyden (continuación)—«Teatros», por Re-Bemol—«Epigramáticos», por C. Lenguas—«Aviso a los suscritores»—«Sport», por Zapicán II—«Entre dos fuerzas», (novela, continuación)—«Previsión», por Kiel—«Menudencias»—«Correspondencia particular».

GRABADOS—«La prensa en broma»: *El Siglo*, por Wimplaine II—«Para Ellas: retrato de...» por A. Giménez—«Un affaire... de estómago», por Wimplaine II—«Solfa alegre» y varios intercalados en el texto, pos A. Giménez.



Ya tenemos embarrancado otra vez el futuro Banco de la República, que sigue cada vez más futuro y cada vez menos Banco, como esto que así llaman va siendo cada vez menos República.

De modo que ya es del caso preveer, sin mucho pesimismo, que probablemente, el tal proyecto no llegará a ser Banco, si así sigue; como se había previsto que no llegaría nunca a ser de la República, por lo menos mientras anden en la cosa Borda, Lessa y Vidiella, a decir de don Segundo Flores.

Que contra estos están Herrera, Barreto y Medici; para que así haya en nuestra singular tierra, contra los tres vicios... otros tres vicios.

El caso es que la cosa ha venido a embarrullarse más con las revelaciones del dicho señor Flores, por más que yo no encuentre razón para ello.

Porque, al fin y al cabo, todo lo que ha dicho en sus famosas cartas es que en la enfermedad y muerte del malogrado Banco Nacional, metieron la pata (y las manos sobre todo) aquellos eminentes ciudadanos, empezando con don Julio el espléndido y concluyendo con Lessa el don Manuel.

Y esto, comprendan ustedes, nos resulta una perogrullada; porque como lo sabíamos todos hace tiempo, no nos coge de sorpresa, aunque se trate de coger por sorpresa algunas cosas del finado Banco Nacional, ó, si resulta mejor dicho, de hacer presa sin sorpero con prisa en los efectos metálicos y papélicos del tal finado; para decirlo en clara prosa.

En fin; que todo esto se ha dicho estos días en cartas y sin ellas; pero, aunque es grave, como se trata de personajes oficiales no habrá duelo; tanto más cuanto que el duelo lo estamos sufriendo nosotros hace ya su tiempo.

Agréguese a todo esto la cuestión del arreglo de los Ferrocarriles del Oeste, que por lo visto no se hará, y por ende t m poco se

hará el Banco, pues parece que no puede hacerse éste mientras no se haga aquél, y tendremos en consecuencia que la institución en proyecto va por mal camino.

Aunque de llevarse a cabo, probablemente iría lo mismo.

En cuanto a este arreglo de los ferrocarriles que a cada momento salta donde menos se piensa (que es en la Cámara, sin duda) va ya dando que pensar a mucha gente.

—¡Pero señor! me decía un tuerto norteamericano que se ocupa de estas cosas y de la venta de tabaco negro.—Yo no sé que importancia tienen esos ferrocarriles del Oeste, de cuyo arreglo se trata, desde que no sirven para nada! Me figuro que nadie ha de viajar en ellos si no es con deseos de morir hecho pino de pasteles. Estando tan descompuestos...

—¿Descompuestos?

—¡Claro! Siempre están necesitando arreglo!

Para estrenos de consecuencias los de este fin de siècle.

En Solis se estrenaron el Martes los Dolores de cabeza del señor Grané.

Es cuanto hay que decir; que un hombre se dedique a hacer Dolores de cabeza para el público.

Y así, en cuanto leyeron los anuncios, se echaron muchos a compadecer al señor Grané y otros a decir que maldita la falta que nos hacían estas cosas importadas cuando las tenemos tan buenas en casa, y que de sobra tenemos con los dolores de cabeza que nos da el Gobierno, sin contar los dolores de estómago que nos han dado estas cosas del Banco que se van descubriendo ahora.

Otros, por pura curiosidad, dábanse a pensar cómo se ingeniarian en Solis para dar Dolores de cabeza al público.

—Será alguna música infernal que le deje a uno la cabeza como si tuviera en vez de ella un zapallo enfermo... decía un caballero.

—No, hombre, replicaba otro; cuando menos se tratará de alguna brutalidad malsana.

En cambio a algunos los cogió de sorpresa la cosa, como a un señor que me preguntó esa noche en el teatro, después del tercer acto:

—Me hace usted el favor... ¿Qué dan ahora?

—Dolores de cabeza, señor.

—¡Dolores de cabeza! Todo sea por Dios! Será precisamente porque hoy me olvidé el remedio en casa.

Luego con el tal estreno empezaron las luchas en la familia.

—Papá, hoy nos tienes que llevar al teatro,—decía por la tarde la *vástaga* mayor (como dice su mamá) de un mi conocido que se llama Nicolás (sin música).

—No puede ser, hoy...

—Pero si dan Dolores de cabeza!

—Pues señor! ¿Sí, eh? Pago un peso al médico porque me los quite en complicidad con el farmacéutico, y he de pagar ahora porque me los den los cómicos!... ¿Sabes que está lindo esto? Y yo voy a buscar dolores de cabeza cuando tengo sobrantes con los que me da tu madre y el íbis de tu novio!

—Pero papá, si es una pieza que...

—Pues tantísimo peor si son de una pieza. Serán, como quien dice, de primer orden.

—¿Y la llevó usted al fin? pregunté yo a don Nicolás que me contaba esto.

—No, no hubo necesidad; porque con la rabieta tuvimos todos dolores de cabeza gratis en casa.

Por lo que respecta al mérito de la obra hay quien opina sin reticencias que es deficiente en cuanto al efecto.

Como uno que me decía desdeñosamente:

—Vaya una gracia, hacer obras como esa! Sin tanto bombo ni tanto aparato me animaba yo a hacer Dolores de cabeza de primer orden y a gusto del consumidor. Con una azotea y cuatro horitas de sol, quedaban los concurrentes en punto.

Pero para los que no estaban al cabo de la cosa el problema de la asistencia era de difícil resolución.

Como les ocurría a dos que decían el Miércoles en la puerta de Solis:

—¿Entramos?

—¿Qué dan?

—Dolores de cabeza.

—¿Eh?! Y se pretende que paguemos por que nos den dolores de cabeza?

—Pues todos entran.

—Darán también agua sedativa a la salida...

La *Revue Illustrée du Rio de la Plata* publica en su último número una reproducción del cuadro de Diógenes Héquet *El grito de Asensio*.

Todos sabían ya que Héquet es un pintor, el más inspirado de los nacionales, y de mucho talento y mucho vuelo, aunque algo escaso de pelo y sobrado de carnes y buenas condiciones.

Pero la reproducción de *El grito de Asensio* viene a colocarle de nuevo en el carácter de caso de actualidad.

Porque la dicha reproducción ha producido su cierta sensación y con razón (¡ón!).

Ayer, por lo pronto, me hablaba un ciudadano de esto.

—Ahí tiene usted, me decía. Y luego se quejan aquí los del Gobierno, de que la prensa grita. ¡Pues para gritar, la de otras partes; como para que la oyeran hasta los sordos que sabemos y pagamos! Y si no vea usted la *Revue Illustrée* que se viene con gritos intercalados en el texto!

Por otra parte, en la vida privada también *El grito de Asensio* ha producido su efecto, como tuve ocasión de presenciario en casa de don Pedro Pérez Gómez, sujeto español con papeleta y dos *zetas* para más seguridad, a quien sus vástagos decían inocentemente:

—Ay papá. Vieras que bonito! Te vamos a traer *El grito de Asensio* para que lo veas y...

—Y se van ustedes a un cuerno torcido! rugió don Pedro que padece neuralgias dignas de un búfalo pensador. Que no quiero gritos ni de Ajenjo ni de ninguna clase! ¡Como para gritos está mi cabeza!

Por lo que puede colegirse que el éxito del cuadro ha sido ruidoso.

Pero ¡qué demonios! No podía menos de ser ruidoso, tratándose de un grito tan célebre.

Victor Pérez Petit, el distinguido crítico cuyos eruditos trabajos y espesos bigotes conocen ya ustedes, dedica una partida de su *Balance literario* que se publicaba en *La Tribuna Popular*, al semanario que ven ustedes de cuerpo presente, y a su Director, el sujeto de buena conducta y mal color que firma estas líneas.

De éste asegura a sus lectores que es joven gracioso, aunque mal vestido, y por ello cumples darle mil gracias para no dejarle en descubierto en lo que respecta a la calidad de gracioso.

Por más que se permite decir que tengo talento y... y otras cosas que no digo... porque me da mucha vergüenza.

Pero es lo que nos pasa a los hombres ilustres como yo y Formentini. Apenas nos hacemos célebres, llega cualquiera y descubre a los ojos del vulgo todos los tesoros que guardamos en las circunvoluciones cerebrales, a falta de lugar más apropiado.

Y luego ocurre que vienen los conocidos y le ruborizan a uno si está mal del estómago, diciéndole:

—¡Hombre, hombre! ¿Con que Vd. tenía dentro del mate todo esto que aseguro haber visto Pérez Petit? Pues no parecía, con esa cara y con esos pantalones tan angostos.

—¡Que quiere usted, contesta uno ruborizándose *ad hoc*. Son cosas que a uno le vienen de arriba... (levantando los ojos al cielo).

—¿Los pantalones angostos?

—No, hombre; las facultades intelectuales.

Por otra parte, ocurre que estas indiscreciones de los críticos nos ponen a los hombres eminentes en ciertas situaciones... cómo diré... tirantes ¿eh?

Ahí está Pérez Petit que me rebaja dos años de mi escasa y gloriosa edad; claro es que a mí me halaga este despojo; que me seduce que todos crean que tengo realmente veintiún años en vez de veintitrés que lleva de madurez mi talento; pero la tranquilidad de Fernández y Medina y su perenne infancia, la buena fé, la rectitud, la...

¿Pero quien me obliga a mí a rectificar? Vamos a ver. Hago de cuenta que tengo realmente veintiún años ¡menos aún que el ilustre poeta! y... y... Pero no! ¡Jamás! La conciencia ante todo! ¡Oh! La conciencia!...

Pérez Petit: tengo veintitrés!

Está dicho; el sacrificio es consumado!

Y me quedo triste.

Pero, ¡qué quieren ustedes! Algo cuesta ser

hombre célebre; la celebridad tiene exigencias brutales.

Aparte de que esto me sirve para no mostrarme muy agradecido á Pérez Petit, como si no le debiera nada por elogios que son estricta justicia hecha á mis condiciones.

Y así, cuando alguien me dice:

—¡Carambal! ¡Qué contento estará usted con lo que le dice hombre tan parco en elogios!

Yo respondo con cierto desdén interesante: —Ps... ¿Quiere usted que todavía esté agradecido á un hombre que es respecto de mí, un homicida *in partibus*? Pues sepa usted que muy caros me cuestan esos elogios.

—¿Cómo es eso?

—No tiene usted más que ver. Con su Balance me quita ese hombre dos años de vida!

ARTURO GIMENEZ PASTOR



LUI SA

ESTUDIOS SOBRE LA MUJER

POR E. M. DE LYDEN

(TRADUCIDO EXPRESAMENTE PARA «CARAS Y CARETAS»)

(Continuación)

Mme. Bernard—Pregunto á mi hija. Vamos á ver, hace un mes estábais en la mejor armonía, habíais hecho las paces; la escena de nuestra amiga Mme. Camphrinet no tuvo consecuencias.... ¿Qué hay? Me haz dicho que venga para confiarme tus penas, y aquí estoy.... Habla.

Luisa, después de un instante con resolución—Pues bien, tiene una querida.

Mme. Camphrinet—¡Ah! Cuando yo os lo decía!...

Mme. Bernard—¿Cómo lo sabes?

Luisa—Lo he adivinado... Eso se conoce, ¿no es verdad, Mme Camphrinet?

Mme. Camphrinet—¡Toma! Eso es claro como la luz del día.

Mme. Bernard—Lo has adivinado, está claro.... no me opongo; pero yo no adivino nada; yo que tengo la vista corta, necesito otras pruebas.

Luisa—Siempre me está hablando de ella.

Mme. Camphrinet—¿Qué más pruebas?

Mme. Bernard—¿Te dice que tiene una querida?

Luisa—Tanto como eso nó!

Mme. Camphrinet—Sería demasiado impúdico.

Mme. Bernard—¿Te lo da á entender?

Luisa—Nó....

Mme. Bernard—¿Entonces, qué es lo que te dice? Me tienes ya en áscuas.

Luisa—Pues bien; á cada momento me está diciendo: «Ves á Mme. Lemaire?... mira á Mme. Lemaire.... Mme. Lemaire no haría esto.... Mme. Lemaire no tiene criada, y sin embargo está siempre tan



Adolfo S. Pereira

Musical score for piano, including sections for INTRODUCCION, GALOP, and various musical notations such as *f*, *fall*, *loco*, *1^a*, *2^a*, *3^a*, *8^a*, *10^a*, *12^a*, *14^a*, *16^a*, *18^a*, *20^a*, *22^a*, *24^a*, *26^a*, *28^a*, *30^a*, *32^a*, *34^a*, *36^a*, *38^a*, *40^a*, *42^a*, *44^a*, *46^a*, *48^a*, *50^a*, *52^a*, *54^a*, *56^a*, *58^a*, *60^a*, *62^a*, *64^a*, *66^a*, *68^a*, *70^a*, *72^a*, *74^a*, *76^a*, *78^a*, *80^a*, *82^a*, *84^a*, *86^a*, *88^a*, *90^a*, *92^a*, *94^a*, *96^a*, *98^a*, *100^a*.

UN AFFAIRE.....STOMAGO



El lobo—

Juan—

Por el Banco que fundar
 Juan intenta, ambos hermanos
 políticos, á las manos
 hubieron ¡ay! de llegar.
 Y Julio que nó y que nó,
 y el buen Juan que sí y que sí,
 pelearon al fin, y he aquí
 lo que en tal trance se oyó:
 ¡Touché! ¿Qué tal? Juan; bien vas
 viendo; no puedes conmigo.
 Y eso, Juan, que soy tu amigo;
 que si no, te pincho más!
 Ay, ay!... Mira, Angel... me hirió....
 á la primera!

Angel—
 El lobo—
 Garzón—
 Monsieur—
 Juan—

El lobo—
 Juan—

El lobo—

No es nada.
 ¿Te gustó?... ¡Linda estocada!
 ¡Sacrebleu! ¡Si fuera yo!
 Tu arma es mejor que la mía...
 ¡mal! y por eso no dejas
 fundar mi banco...
 ¿Y te quejas?
 Dame parte y.... ¿Todavía?
 ¡Nó! Por nada de este mundo!
 Curame, Angel. Tengo aún brazo,
 y te volveré el pinchazo!
 ¿A que pruebas el segundo?...

Wornplaine II

vistosa... Mme. Lemaire por aquí... Mme. Lemaire por allí... A cada instante no hace más que nombrar á Mme. Lemaire.

Mme. Camphrinet—¡Psl! alguna lechuguina.

Luisa—Tiene unos pies...

Mme. Camphrinet—Como planchas... ¡Y qué manos! parecen dos paletas.

Luisa—Unos cabellos...

Mme. Camphrinet—Que no son suyos;... tiene demasiados para eso... Estoy segura.

Luisa—Siempre de tiros largos.

Mme. Camphrinet—Una gastadora, una necia... una...

Mme. Bernard—¡La conocéis?

Mme. Camphrinet—¡Yo! Dios me libre!

Mme. Bernard—Muy bien... ¡Y eso es todo lo que tienes que echar en cara á tu marido?

Luisa—¿No es bastante?

Mme. Bernard—Sin duda, yo no apruebo que te hable sin cesar de esa señora, porque eso es causa de que estés celosa...

Luisa—¡Yo celosa! qué disparate!

Mme. Bernard—Pero en ti está que no tenga que ponerte siempre á esa dama por modelo.

Luisa—¡Sí, buen modelo!

Mme. Camphrinet—Gracias á Dios, no nos parecemos á esa lechuguina...

Mme. Bernard—Escúchame bien, mi querida hija, escúchame con toda tu alma, como yo te hablo... He vivido cuarenta años con tu pobre padre, y he sido la más feliz de las mujeres... ¿sabes por qué?

Luisa—Porque erais la mejor de las esposas, así como habéis sido la mejor de las madres.

Mme. Bernard—No... ha sido porque he hecho todos los esfuerzos posibles para no chocar con sus gustos. Imitame; tu marido,—que te ama,—no os encojáis de hombros, Mme. Camphrinet, y tú no te sonrías irónicamente,—tu marido te ama, eso se adivina, se vé; yo conozco lo que son los maridos... A tu marido le gusta verte siempre arreglada; desea que tus cabellos, que son muy hermosos, estén siempre como debían estar; que cuides más de tu persona, y que no te abandones... En el hombre, es una cuestión de amor propio vernos siempre bellas... y eso para nosotras es una razón de estado... Pues bien, dale ese gusto.

Luisa—Pero nosotras no somos bastante ricas para...

Mme. Bernard—Esa no es una razón... Tu marido no te pide, y estoy segura de ello, que estés siempre de tiros largos, como vulgarmente se dice; á tí es á quien corresponde estar siempre adornada sin adornarte demasiado; sólo es cuestión de tacto y de buen gusto. Ten cuidado, hija mía: tu marido te ama aún; si apela á las comparaciones para picar tu emulación, puede comparar seriamente, descubrirá en otra, que ahora no vé sino bajo el punto de vista de la coquetería, atractivos que tú posees sin duda, pero que no sabes hacer valer; se cansará de estarte diciendo siempre una misma cosa, y de hacerte iguales observaciones... te abandonará á tí misma, y tú, confiada, dormirás en una seguridad profunda, persuadida de que tu marido se ha hecho á tus años; creerás que ya no hace caso, que le es indiferente, y lo que tú temes, lo que supones hoy, será entonces un hecho consumado; encontrará una Mme. Lemaire real y verdadera... Parece que no estás convencida; crees que no sé lo que me digo.—Pues bien, hagamos una prueba... Mirate, aún no estás peinada; sin embargo, son las dos, y todavía tienes la bata puesta.

Luisa—Nunca me visto hasta la una, después de almorzar, y hoy se me ha pasado la hora...

Mme. Camphrinet—Lo mismo que yo, nunca me pongo mi corsé hasta después del almuerzo.

Mme. Bernard—Vamos á ver, hija mía, cuidate hoy; todavía tienes una hora, y ya verás el efecto que produce... Tu marido va á venir. Vamos, despáchate.

Luisa—No sé qué ponerme... no tengo tiempo.

Mme. Bernard—Ta ta ta... Vamos á ver: ¿quieres á tu marido?

Luisa—Con todo mi corazón.

Mme. Bernard—Entonces ponte un vestido y péinate en media hora... Me parece que tu dicha bien vale que sacrifiques ese tiempo:

Luisa—¡Bah! Estoy segura que ni aún reparará en mí... Me hablará de su Mme. Lemaire.

(Luisa se viste, Mme. Camphrinet y Mme. Bernard la ayudan).

Mme. Bernard—¿Y de dónde conoce á esa señora?—Bájate el vestido por delante.

Luisa—(irónicamente y de un modo significativo)—Su marido es amigo de Marcial.

Mme. Bernard—(aparte)—¡Cáspita! el caso es grave; ya hay un síntoma, como decía el difunto Bernard.

Mme. Camphrinet—Esas cosas empiezan siempre así.

Mme. Bernard—(alto)—¿Y esa señora viene aquí?... No te pongas el pelo tan caído, que te cubre la frente.

Luisa—No faltaba más que eso... si viniese...

Mme. Camphrinet—Sería una desvergüenza.

Mme. Bernard—¿Qué es lo que harías?—Ahora ponte una pulsera.

Mme. Camphrinet—¡Toma! la pondría de patitas en la calle!

Luisa—Yo no digo eso.

Mme. Bernard—Haces bien; al contrario, deberías mostrarte amable.

Luisa y Mme. Camphrinet—¡Lo que es eso nó!

(Entra la criada y anuncia):
—Mme. Lemaire.

Todas—¡Ah!...
(Entra Mme. Lemaire, vestida con mucha sencillez; es joven, linda y bastante agraciada).

VI

Bien hubiera querido Luisa recibir á Mme. Lemaire de modo que no hubiese vuelto más; pero esta se había mostrado tan sencilla, tan afectuosa en su primera visita, que so pena de pasar por una mujer mal educada, la celosa Mme. Deslandes se vió obligada á disimular sus sentimientos.

Hizo pues de tripas corazón, como suele decirse, y recibió con la sonrisa en los labios á su supuesta rival, la cual le había ya dicho con la delicadeza más exquisita: «Nuestros maridos están demasiado íntimamente unidos, para que no seamos amigas, señora. Verdad es que al ofreceros mi afecto seréis vos la engañada, porque yo sola gano en el trato; pero sé que sois en extremo bondadosa.»

Luisa sólo pudo articular dos palabras, dándole gracias, tanto por timidez natural como por disposición del momento; y Mme. Bernard, eucantada, creyó deber hacer una afectuosa acogida á la joven, al mismo tiempo que no desconoció que tenía sobre Luisa ciertas ventajas.

Sin duda esta superioridad era un peligro para la dicha de su hija; así es que se guardó muy bien, como madre prudente, de decir la menor palabra, por temor de aumentar en Luisa la fiebre de los celos, que ya se habían apoderado de ella.

En cuanto á Mme. Camphrinet, á pesar de la evidencia, insistió en su opinión, hallando á Mme. Lemaire fea, descarada, coqueta, habladora, etc., etc.

Mme. Lemaire iba ya á retirarse cuando entró Mr. Deslandes.

Era pura casualidad, es cierto, pero casualidad desgraciada.

Generalmente Deslandes no iba sino una hora después; pero aquel día la inopinada ausencia de un discípulo había sido causa de esta infracción á sus costumbres.

Luisa vió en esta circunstancia fortuita, en esta inocente coincidencia, un complot adulterido.

Cambió una mirada con Mme. Camphrinet, y se convenció de que su querida amiga participaba de esta deplorable opinión.

Como era natural, las primeras atenciones del marido, fueron para la visita, y esto justamente era lo que Luisa no hubiese querido. Para absolver á su esposo hubiera sido preciso que este dirigiese á su mujer algunas frases lisonjeras acerca de su vestido, dándole de este modo inequívocas muestras de su contento, cosa á todas luces imposible.

Así pues, se vió herida en lo más vivo, y cuando momentos después, hallándose sola con su marido, este la felicitó por el buen gusto que había puesto en su tocado, acogió friamente sus elogios, y no pudo contenerse, diciendo: «¡Oh! no estoy tan bien como Mme. Lemaire!... ¡Demasiado lo habéis visto!» Después con el corazón oprimido, se retiró á su cuarto, encerrándose en él para llorar á su satisfacción, y escribir á Mme. Camphrinet y á su madre, lo siguiente:

«¡Ya habéis visto que no ha reparado en mí!... Sólo ha tenido ojos para ella... ¡Es claro que se habían dado una cita!»

Mme. Camphrinet fué de igual opinión, y aquella misma noche acudió á consolar á la afligida.

Pero Mme. Bernard respondió que Luisa estaba loca, y no volvió ni aquel día ni los siguientes.

En cuanto á Mr. Deslandes comió solo.

(Continuará)



"JUAN JOSÉ"

ACTO I
ESCENA ÚLTIMA

DRAMA DE J. DICENTA

JUAN JOSÉ—SOLA VA. PUEDE QUIEN QUIERA IR A QUITÁRMELA. PERO EL QUE VA YA, HA DE PASAR POR ESTA PUERTA; Y EN ESTA PUERTA ESTOY YO!

¡Vaya, vaya con los Sueños de oro! La verdad es que nos hacían falta porque ya solo habíamos llegado á tenerlos de papel del futuro Banco, ó de cobre platónico á lo más; pero los que nos dieron en Solis, ¡vamos! que podrían ser sueños; pero no de oro, ni de plaqué económico siquiera.

Lo digo, porque en estas zarzuelas de magia va uno á ver lentejuelas y dorados y brillantes (ó al coronel Toledo, por lo menos) y luz Drumont y magia de cualquier color.

Pero en Solis todo eso había sido dejado de lado para más comodidad; y de ahí que Sueños de oro no resultara.

Por otra parte, Juarez, la Pastor y Máiquez hicieron lo posible por sacar á flote la obra, y de su somnolencia (sin oro) al pedazo de público que cayó esas noches casualmente en busca de la magia, los trajes, las lentejuelas, los efectos escénicos y demás cosas que no aparecieron.

No obstante, La Tribuna Popular, por ejemplo dijo que la presentación escénica había sido notable...

Puede que lo fuera y no lo hemos advertido.

Acúsome de no haber ido al estreno de Dolores... de cabeza. Poseo un tesoro de desconfianzas adquirido en la audición de parodias. Les temo como al fuego y á las tonterías; y como casi siempre son esto último, ¡velay! Dicen dos colegas que esta es buena. Pero también dijeron que la presentación escénica de Sueños de oro fué notable y... puede que tampoco advirtiéramos la gracia de Dolores... de cabeza. En la duda, abstente.

En cambio, fui al estreno de Juan José y tuve el dolor de ver que si no voy yo y faltan otros veinte se hubiera estrenado para los acomodadores y Nebel, que no falta al palco del patron.

Después de esto cumpla en declarar que Juan José es un drama hermoso, conmovedor é interesante; que tiene un primer acto precioso y unas teorías

socialistas que hubieran devuelto el seso á Puig y Roig, á esto posible.

Y que Seva lo interpretó con brío y talento, ganando en buena lid estruendosos aplausos en varios pasajes, sobre todo al final del primer acto en que dió extraordinario y valiente relieve á la escena final que reproducimos hoy aquí.

La señora Martín perfecta en su difícil parte... Juárez muy á gusto en su lindo papel, y la señora Pastor bien en el segundo acto principalmente y discreta en el tercero.

Y para no ser menos yo, voy á echar también mi chorrillo de discreción retirándome con el permiso de ustedes.

RE-BEMOL



Epigramáticos

—¿Y dice usted que este vino en las iglesias se emplea?

Vaya, amigo; usted bromea.

—¡Si es artículo muy fino!

—¡Quite usted allá! Si es aguado;

un mejunge de garnacha...

—Para la misa es sin tacha, porque es vino bautizado.

—A Ventura me quitó un amigo fementido.

—Pues no lo hubiera creído.

—Pues menos lo creí yo,

y, sin embargo, engañado,

y por un amigo estoy.

Y sin Ventura ¿qué soy, qué soy, di?

—Un desventurado!

—Pues este budín de pan es muy rico. ¿Quién ha sido la confitera, señora?

—Lo hizo Dolores conmigo.

—Eso no es cierto, mamá,

—¿Entonces digo mentira?

—Claro, pues no fué conmigo que lo hizo, sino con miga.

Luis en un globo subió con la inocente Pilar. ¡Oh! No vuelve á recobrar ella lo que allí perdió. La verdad es que no entiendo estas cosas, francamente: me parece sorprendente esto de caer subiendo.

—En darme el sí te demoras Consuelo más de lo justo.

—¿Y qué he de hacer?

—Darme gusto, ya que dices que me adoras.

—No tengo confianza en ti

y has de ser muy mal marido.

—Te engañas, pues es sabido

que hay dos maridos en mí.

—¿Dos maridos? ¡Tú estás lelo!

—¿Por qué?

—Porque sólo un loco afirma eso.

—Poco á poco: ¿no sabes que soy gemelo?

—¿Luis? ¡Católico ferviente! No dudo: ¡todos los días (y yo soy su comensal) cena el chico con judías!

C. LENGUAS

AVISO Á LOS SUSCRITORES

Habiendo recibido infinidad de pedidos de encuadernación del periódico, hemos resuelto, como el año pasado, encargarnos de ello en la forma siguiente:

La encuadernación será hecha en rica tela y con el título dorado á fuego. Su costo es de \$ 1.50. Los suscriptores en campaña deberán enviar el importe adelantado, en más el porte de franqueo.

LA ADMINISTRACIÓN



Gran entusiasmo reina en los círculos deportivos con motivo de ser hoy el día bizado para correrse el premio clásico «Primer Paso», en el que debutan las potrancas de la nueva generación, que según se dice superarán en mucho á los potrillos de la misma edad.

En este premio deberán correr las siguientes: Doña Luz, por Wapaleau y Coronación. La Política, por Remington y Política; Medusa, por Litigation y Catel; Tina, por Kimbattan y Calandrina; Sapho, por Jonquil y Hellena; Alea, por Kimbattan y La Marentaine, y Manon, por Oriental y Olivia.

Las cuales, según voces circulantes, se hallan en un estado que no deja nada que desear.

Quisiéramos poder extendernos más en esta crónica, pero el reducido espacio de que disponemos, nos lo impide, razón por la cual nos limitaremos solamente á dar á conocer nuestros pronósticos que son los siguientes:

- 1.ª carrera: América.
- 2.ª carrera: Raestreador.
- 3.ª carrera: premio «Primer Paso», Tina ó Medusa.
- 4.ª carrera: Ecarté.
- 5.ª carrera: Gladiador.

ZAPICÁN II.

A. GIMÉNEZ PASTOR

ENTRE DOS FUERZAS

XI

(CONTINUACIÓN)

Por eso necesitaba de Mario para que los acompañara y, aunque con todo el temor de un fracaso que la situación de este entonces, indiferente á todo lo que no fuera su amor egoísta le hacia temer, tuvo que decidirse á abordarlo.

—Pero ¿por qué no van con Carmen? dijo por fin Mario con aquella dejadez en la voz y en el ademán que eludía la discusión cuando sentía faltar bajo sus palabras la base razonable.

—Ahí está! si ya ni sabes lo que pasa en tu casa! Carmen se embarca el sábado

Tal noticia le hizo sentir un si es no es de vergüenza é irritación. Decididamente, fuera de su mundo ideal resultaba ridículo, ignorante de lo que pasaba á su alrededor, en su misma casa, como un idiota.

—Bueno, dijo ya malhumorado. Déjenme de embromarme á mí con zonceras; ¿qué se me importa á mí de todo eso! No voy.

—Pero hombre... quiso argüir Daniel conteniéndose, rojo de ira y un tanto avergonzado por aquella negativa ruda como un empujón.

—No voy, repitió Mario terminantemente, con su aire irritante de voluntarioso obstinado.

El otro le miró un momento, temblándole las pupilas negras, y por fin, dejó salir vibrando todo aquello que le bullía dentro como espuma agria. Ahora quedaba bien probado todo; era cierto; no iría. Eso estaba decidido de antemano por quien podía hacerlo. Pero de todos modos era una sumisión vergonzosa y humillante y ridícula.

Mario le miraba fijamente, sin comprenderlo aún.

—¿Qué dices? preguntó intrigado

—Si, hazte el zongo ahora, replicó Daniel con vehemencia; ¿te crees que yo me chupo el dedo? Ya te conozco el modito ese de extrañado falluto que usas siempre que te descubren. Pero á mí no me vas á hacer zongo ¿sabes? No vas á las carreras porque Delia no quiere, porque no te deja ir. Eso es todo.

—Hombre... ¿quieres no ser tonto? dijo el otro con expresión de fastidio irritado que le hacia vibrar la voz agriamente, como una cuerda destemplada.

—No, no soy tonto. Es la pura verdad. Cora lo ha dicho aquí, y sin ir más lejos, Federico nos lo dijo á Pedro y á mí anoche en la plaza, donde lo encontramos. Y tú sabes que está bien enterado.

—¿Y qué han dicho?—preguntó Mario con interés que no se cuidó de ocultar.

Daniel le contó todo. Cora había estado dando bromas á Delia en casa de las Mestres, diciéndole que por aquel domingo tendría que quedarse viuda porque él, Mario, pensaba ir á las carreras. Entonces Delia aseguró que no iría, repitiendo, ante la duda de las otras: «Oh, no irá, no irá; ya verán como no va!»

Mario sintió que el rubor le llameaba en la cara. Vió presentársele toda la escena; vió á Delia disponiendo de él como de una cosa, asegurando el acatamiento á su omnipotente capricho con un aire de vanidosa confianza que le mortificaba como á chico á quien dan un tirón de orejas delante de gente; vió las grandes narices de las Mestres olfateando el choque; y de lejos volvió á sonar en su oído aquella frase que oyera tras de sí, la noche en que iba á libertarse de Argentina, aplicada al novio de la Mestres menor: «Oh! á este lo tengo bien agarrado por el pico!» aquella frase que le hiciera pensar en un hombre insignificante, desdichado, llevado y traído á voluntad, «por el pico», como un animal manso que luce su docilidad en curiosos ejeícios.

—Bah, bah, Déjate de vivezas, dijo por fin con tono inseguro, deseando encontrar en todo eso tan sólo un ardid para obligarle á ceder, escitando su amor propio.

—No, no son vivezas, no te lo creas; es la pura verdad. Y que vas á hacer un lindo papel es más verdad todavía.

El tono de sinceridad con que lo dijo iba á colocar á Mario en situación muy violenta cuando les interrumpió la llegada de Isabel y Orfilia que volvían de casa de Cora.

Y fué un grande alivio para él ver que no las acompañaba ésta; ya era llegado el caso de que temiera la presencia de cuantos conocían aquella faz del amor que le tuviera en sus principios tan orgulloso.

Hablaron poco. Aquella tirantez, aquella desazón molesta con que la sombra de Delia separaba á la familia, renacía á cada momento, porque la mujer se había apoderado de todo él, absorbiéndole entero:

—¿De qué se hablaba? preguntó indiferente Isabel sacándose los guantes, la boca todavía entreabierta por el leve cansancio de la llegada, mientras Orfilia se desprendía el sombrero ante el espejo.

—Ps... de nada; respondió Daniel mirando á Mario sin encontrar la mirada de súplica confidencial que temía. De las carreras.

—¡Ah! dijo Orfilia volviéndose rápidamente, todavía con los brazos en alto, y la cabeza rubia algo inclinada, arreglándose el pelo—¿Vamos á ir?

—Eh... respondió Daniel. Mario no se decide...

Mario no contestó, mirando como se contraía la boca de su madre con aquel pliegue de disgusto que aparecía siempre en ocasiones semejantes.

—¡Caramba! dijo Delia con entonación de tranquilo disgusto, bajando la cabeza. Nunca me quieres llevar á ninguna parte...

El reproche era justo, justísimo. Todo lo extraño á sus amores se perdía en la vaguedad luminosa de aquellos ocho meses felices; la familia, las amistades, todo aparecía lejano y confuso, desvanecido, semeando trazos vagos de un sueño que no se recuerda bien por la mañana, desapareciendo apenas evocados como los rasgos fosforescentes que desaparecen en la obscuridad conforme los va trazando la cerilla.

Y mirando aquella linda cabeza rubia inclinada atenta á los dobleces de la falda, Mario sentía la sensación clara y mortificante de su servil esclavitud que le impedía acompañar una vez á su hermana, dulce y buena, mientras allá, en un ambiente malsano de sociedad pequeña y ridícula, la hembra orgullosa disponía de él como de cosa propia, ofreciendo su retención en aquel día como holocausto á la desconfianza maligna de aquellas narigudas dioses de opereta.

—Bueno... Iremos—respondió con displicencia, tratando de ganar tiempo. De aquí al domingo hay tiempo; hemos de ir.

Y se levantó, dando por terminada la conversación, decidido á ver á Delia aquella misma noche y obligarla con cariños ó resistencias á desestimar su jactanciosa promesa.

Fué así que la noche ventosa y agitada de un mal día de Enero le vió en aquellas cuatro cuerdas obscuras que recorrió con los ojos entrecerrados, recibiendo en la cara las rachas de viento, violentas y rudas como latigazos aplicados de revés con una disciplina de mil hilos.

Toda su buena voluntad no pudo evita el choque;

á las primeras palabras comprendió Delia que aquello era una rebelión disimulada; que él iba decidido á sacudir aquel yugo que ella imprudentemente le había puesto ante las Mestres, en un momento de vanidosa ofuscación.

—Pero mirá, preciosa; comprende que es una tontería... Al fin y al cabo son unas horas; no es como para que te mueras de nostalgia... Vas á ceder ¿verdad?

—¿Y por qué no cedés tú? En vez de irte con otras á pasear, me parece que debía gustarte más estar con tu novia. Pero...

—Mira, déjate de tonterías; estás hablando sin creer nada de lo que dices. ¿Quedamos en que iré, verdad?

—Haz lo que quieras; pero yo digo que no quiero y nada más; no quiero que la gente se ría de mí viendo á mi novio en todas las fiestas mientras yo, la zonza, me lo paso encerrada.

—¡La gente! la gente para tí serán las Mestres! dijo Mario estallando ya al recuerdo de lo ocurrido, viendo á Delia consagrada de domadora con aquella victoria que tanto se esforzaba por obtener, contra sus pedidos y sus razones.

—Sí! ¿y qué? las Mestres y todo el mundo, replicó ella con chocante altivez.

—Pues á mí me importa un pito de las Mestres y toda su casta ¿sabes? Y no por ellas he de dejar á mi hermana sin fiesta.

Estaban mirándose de frente, con los ojos encendidos, rabiosos los dos ante la resistencia, decididos cada cual á no cejar.

—Entonces ¿no vienes el domingo?

—No puedo, ya lo ves; vendré á la noche, si quieres.

—Bueno; entonces nos veremos en las carreras. Yo iré con las Mestres, que también van con un mozo argentino, pariente de ellas, que las va á llevar. Les había dicho que no; pero puesto que no vienes...

Mario sin querer reparar en el retintín que acompañó aquella noticia sobre el mozo argentino acompañante, le dijo con acento en que vibraba una rabia mal contenida.

—Mira Delia, por favor. No vayas á presentarte así en público con esas *guisas* ridículas. No hagas ese papel que de rechazo me haces hacer á mí... No vayas...

Ella hizo que no con la cabeza, apretando con impertinencia los labios.

Mario estuvo á punto de derramarle encima toda la ira que se le revolcaba dentro, pero quiso contenerse, esperando lograr así más; y besándola, pálido, contraído, mientras ella seguía haciendo con la cabeza que no y que no, le dijo ya al salir:

—No, no irás ¿verdad? ¡Qué vas á ir, sabiendo que me disgustas á mí! ¡De seguro que no vas!

Y salió con la visión de la hembra fuerte, erguida ante él, llena de atrevida obstinación la mirada, apretados los labios con un *no* repetido é impertinente, tenaz como la vanidad; llena de amenazas entrevistas la cabeza caliente, con la sensación de un gran peligro dentro del alma, mientras en la noche agitada las rachas de viento, mudas como latigazos de revés le azotaban el rostro, y de lejos, entrecortado por el vendabal llegaba hasta él, apagado y plañidero el «¡alerta!» del centinela de la Penitenciaría, perdido en las sombras lejanas.

Pero venciendo aquella debilidad, aquel temor á algo temible por venir que le minaba la energía, haciéndole flaquear á cada rato, cuando Daniel, algo inseguro, por cierto, le dijo dos días más tarde:

—¿Y? ¿Vamos allá?

Respondió tranquilamente:

—Vamos.

XII

Un espléndido día de Enero, transparente y blanco, en que el celeste de un cielo sereno sonreía á la radiosa luz estival, descansaba tranquilo sobre las onduladas colinitas verdes de Maroñas.

El venticillo breve y nervioso jugueteaba en las banderolas refrescando en su carrera saltona el blanco de los *Studs*, recostados aquí y allá sobre el césped oscuro de las indolentes laderas tendidas á lo lejos.

(Continuará)

PREVISIÓN

—Un banco van á fundar.
—Me parece un desatino.
—Mas... puede éxito alcanzar si anda en ello mucho tino.
—Pues desde ahora adivino, aunque insistir sea importuno, que no andará mucho tino en él, sino mucho tuno.

KIEL

SOLFA ALEGRE



RE..... d'Italia

Menudencias

Los telegramas de Cuba dan cuenta de una victoria obtenida por el general Lachambre sobre las fuerzas de Maceo, que guardaban el hospital de los revolucionarios.

Cuando fué dueño del campo, el general Lachambre puso fuego al hospital.

Pues señor, no vamos mal; como jefe humanitario lo es el Lachambre ¡canario! ¡Poner fuego á un hospital!... Pues si así la cosa pinta, á seguir así, muy luego va el hombre á prenderles fuego á las mujeres en cinta.

Si mal no recuerdo, *La Tribuna Popular* ha calificado á *El Tribuno*, nuevo colega, de diario marciano.

Me supongo que esto no ha de haber producido gran irritación á *El Tribuno*.

Pues ocurriendo la cosa entre *Tribuno* y *Tribuna*, se trata, sin duda alguna, de un mal rato de la esposa; y de estos golpes nerviosos no queda nunca constancia; que ya nadie da importancia á las riñas entre esposos.

—¿Y Joaquinita? ¿Mejor?

—¡Ay, no! Según el médico, la enfermedad que padece es hipocondría.

—¿Hipo... con qué?

—Hipocondría, todo junto. ¡Está tan triste! El médico nos ordena que procuremos alegrarla, llevándola á otro punto. Pero no se nos ocurre dónde...

—Pues, si se trata de alegrarla, llévenla ustedes á Porto Alegre!

—Se dice que contra Don German Da Costa á dictar

va el juez, sin mucho tardar, formal orden de prisión.

—Bah! Se escapará al saberlo; ya de aquí le avisarán...

—Pues no; ni aun precisarán mandar quien vaya á prenderlo.

—No entiendo, aunque cismo y cismo...

—No es el caso extraordinario, pues como él es comisario...

—¿Qué?

—Se prenderá á sí mismo!

El gobierno ha asignado una subvención de 30.000 pesos al empresario Ferrari para que traiga su compañía de ópera en el próximo invierno.

Por su parte el empresario promete traer al gran tenor Tamagno.

No habrá en la noticia engaño, pero no es puesto en razón, que por traernos á Tamagno den tamaña subvención.

Porque por más tamaño que sea el tenor, lo que es la subvención lo deja tamaño.

¡Treinta mil pesos!

—Ni que nos trajera un genio cualquiera, á Mozart ó Paganini, como me decía un señor económico.

—Ah! es que por Paganini no daríamos un cobre.

—¡Hombre!

—Porque los *paganinis* estamos ya acá.

El Dr. Don Pedro Figari nos ha remitido un foileto conteniendo el escrito de defensa del alférez Enrique Almeida, que acaba de presentar al Juez del Crimen, pidiendo el sobreseimiento de la causa.

Agradecemos la atención y deseamos al Dr. Figari buen éxito en su empeño, que merecido se lo tiene por el interés desplegado en favor del reo.

La Tribuna denuncia que la mayoría de los comerciantes, y aún los mismos diputados, mas obligados á acatar la ley, se resisten á recibir como moneda de curso legal, los cóndores.

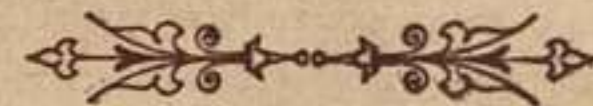
Sin duda por eso oí yo ayer á dos que decían:

—Oye; ¿sabes que ya no corren los cóndores?

—¿Que no corren?

—No, hombre.

—Echate á correr tras de uno y verás.



Correspondencia Particular

El monaguillo—Montevideo—

Con que le dijo usted un día á una niña «Prenda mía»? ¡Pero qué pillo, que pillo que había sido El Monaguillo! Y qué amigo de contar lo que á nadie se le importa!...

Esto no es verso pero es una verdad de á puño. ¡Y precisamente! Puños es lo que necesitaria usted; por las narices.

A. A. L.—Id.—Decirlo me duele, mas lo hace usted mal. No mande A. A. L. por Dios, otro igual!

R. M.—Id.—Pero ¡por todos los santos del calendario gregoriano, con más San Román, Sanquirico y *sans façon* (!) ¿Cómo diré yo bien claro que esas declaraciones á las niñas sensibles, deben remitirse por correo á la interesada?

Perico-Lanas—Id.—Mire usted, cuando leo sus Rimas me vienen ganas de tirarle con el tintero á alguien. ¡Y no lo tiro porque no está usted presente!

Hipocondriaco—Mercedes—Pues no debía usted firmarse Hipocondriaco, sino Hipo... pótamo. Por más sonoro, ¿sabe usted?

Colas Perez—Paysandú—¡Le daría á usted un beso en la frente! Se publicará. En el que viene sin más tardar.

L. Salcedo—Melo—¿Carta de Salcedo? ¡Maldito *corredor*!

Lo primero que hace cuando quiere darnos un disgusto es evaporar en provecho propio la mitad de los números que van de viaje, y hacer llegar puntualmente las cartas de este señor.